

toda la dignidad que le imponía su deber, desconociendo el derecho de los Comisarios para formularla, y concluía diciendo el Ministro de Relaciones: «El infrascrito añadirá únicamente, por orden del Presidente, que la protesta de los señores Comisarios no le impedirá celebrar los tratados ó convenciones á que se refiere, siempre que lo juzgue conveniente y quepa en sus facultades, por usar en ello de un derecho inherente á la soberanía é independencia de la Nación.»

Llevaron su desvergüenza los dichos Comisarios hasta el punto de calumniar al Gobierno, haciéndolo responsable de la violación de los convenios de la Soledad, de la que habían sido ellos los autores únicos. Pero el Gobierno supo poner las cosas en su lugar, apelando ante la Historia é invocando el testimonio de los Comisarios, jefes y fuerzas inglesas y españolas, á cuya vista pasaron los hechos.

Los franceses no regresaron hasta Paso Ancho, como solemnemente lo habían pactado, y los Comisarios ingleses y españoles, que en buen derecho se consideraban obligados de mancomún é insólidum á hacer cumplir lo pactado, se contentaron con presenciar y condenar la felonía de sus colegas. Siempre valiéndose de la calumnia y de la felonía, el general Laurencez violó la palabra empeñada, y se dirigió en son de guerra sobre Orizaba el 19 de Abril.

El Gobierno publicó, con este motivo, una enérgica circular, de la que extracto los siguientes párrafos:

«El compromiso del ejército francés de regresar á Paso Ancho antes de comenzar las hostilidades, no podía ser más explícito y solemne; compromiso sin el cual no se le habría permitido pasar de aquel punto, y colocarse delante de nuestras posiciones fortificadas. Pues despreciando su palabra, hollando las leyes de la guerra, sobreponiéndose á cuanto hay de más sagrado para los individuos y para las naciones, no solamente no retrocedió, sino que se ha lanzado sobre Orizaba, batiendo nuestras avanzadas sin previa declaración de guerra.»

Aunque el Gobierno tuvo noticias de que los franceses no retrogradarían á Paso Ancho, buscando un pretexto para eludir su compromiso, despreció el aviso, porque «le era imposible creer que un ejército francés echara semejante mancha

sobre su honor y diera tal ejemplo de cobardía, pues no podía darse otro nombre al hecho indigno de salvar posiciones enemigas mediante una perfidia, en vez de tomarlas por la fuerza.»

Pero no fué sólo el Gobierno quien vituperó ese acto cobarde y felón. El diputado francés Jules Favre, en la sesión de 26 de Junio de 1862, en un notable discurso, dijo á este respecto:

«Sólo me permitiré decir, en nombre de mi país, que los sentimientos caballerosos esenciales á su carácter, se concilian poco con semejantes actos, y que no es el talento de eludir los tratados por lo que la Francia se distingue en la Historia. . . . ¡Cómo! ¡La Francia ha podido cubrir con su bandera una acción semejante!»

Y el Conde de Keratry (*L'Elévation et la Chute de l'Empereur Maximilien*) también reprobó esa traición: «No se había ido más allá de la línea del Chiquihuite, como prevenían los tratados, y esa violación de la palabra empeñada era un fatal principio, que produjo un deplorable efecto. Un pueblo civilizado que se jactaba de llevar á una nación casi bárbara el respeto al derecho y á los compromisos contraídos, comenzaba hollando así una promesa solemne. Además de que se disminuyó el prestigio de nuestra fuerza, fuimos los primeros que abrimos las puertas á la traición.

«Esta vez aún, el buen derecho quedó de parte de los mexicanos.»

Las avanzadas francesas, como se dice en el manifiesto de Juárez, á las órdenes del capitán Mioche, llegaron hasta el Fortín, á dos y media leguas de Orizaba, y atacaron la avanzada mexicana, compuesta de 40 hombres, á las órdenes del Coronel Félix Díaz. Los mexicanos sucumbieron abrumados por el número.

Este fué el primer encuentro, el que el Príncipe de Bibesco declaró «brillante,» digno principio de una campaña infame, desde cualquier punto de vista que se la considere.

Al día siguiente el reaccionario Taboada, que por un verdadero milagro se salvó de ser fusilado con su compañero Robles Pezuela, cuando ambos iban á traicionar la Patria, se pronunció en Orizaba contra el Gobierno.

Un grito de indignación repercutió por toda la República al saberse la conducta seguida por el general francés, y por todas partes se violentaron los aprestos para la defensa nacional.

Zaragoza empezó á replegarse lentamente hacia Puebla. El 28 de Abril los dos ejércitos se pusieron en contacto en las Cumbres de Acultzingo, y hubo un combate que duró tres horas, al que los franceses dieron una importancia casi tan grande como á la toma de Malakoff.

Siguió Laurencez su marcha sobre Puebla; llegó á Amozoc el 4 de Mayo, mostrando asombro de que no se le hubiesen unido las fuerzas reaccionarias que le habían prometido Almonte y sus secuaces. Allí se dispuso para asaltar á Puebla, al día siguiente, y se despidió esa noche de sus compañeros, diciéndoles: «Hasta mañana, señores, en Guadalupe.»

Zaragoza había dictado también sus medidas, y EL 5 DE MAYO DE 1862, fecha que nada ni nadie alcanzará á borrar de los anales mexicanos, y que siempre recordaremos con legítimo orgullo, hubo el primer encuentro formal entre los dos ejércitos, la primera verdadera batalla, en la que quedó humillado el invasor, é inmortalizado el nombre de IGNACIO ZARAGOZA y de sus subalternos Miguel Negrete, Felipe B. Berriozábal, Porfirio Díaz, Juan N. Méndez, Francisco Lamadrid, Mariano Escobedo, Pedro Martínez y todos aquellos que concurrieron á tan gloriosísima jornada, en la que quedó demostrado que el invasor no era invencible y que los mexicanos eran capaces de vencerlo, y que lo vencieron.

El día 8 Laurencez se retiró á Orizaba.

Zaragoza salió tras él.

El día 18 se unió Don Leonardo Márquez, de sangrienta historia, con el jefe francés, consumando su traición. El general Tapia quiso impedir la reunión de los traidores con los franceses, y dió la batalla de Barranca Seca, en la que, cuando la victoria se inclinaba hacia las fuerzas mexicanas, el auxilio oportuno que prestó á Márquez el comandante francés Lefèvre, salvó á éste de un completo desastre, haciendo sufrir un descalabro á nuestras fuerzas.

Tengo á la vista la carta que escribió Juárez al general Tapia, contestando una en que dicho jefe le dió cuenta del com-

bate de Barranca Seca; está escrita de puño y letra de Juárez, con fecha 26 de Mayo, y dice en ella:

«Por la grata de Vd. fecha 20 del corriente, quedo enterado del descalabro que sufrió Vd. el día 18, lo que he sentido mucho como debe Vd. suponer; *pero siendo este caso de los comunes é inevitables en la guerra, no me sorprende ni me desalienta. Por el contrario, debe estimularnos para seguir con más actividad y más ardor*, haciendo nuestros preparativos de defensa, á fin de asegurar otros golpes.»*

No hay en la carta reproches, sino frases de aliento, de esperanza, generosas, nobles y levantadas. Tapia hizo lo que pudo, y Juárez no le exigió más, y en vez de extrañarle por su descalabro, lo consoló y lo reanimó. Ese es Juárez.

Zaragoza concibió un admirable plan de campaña. Tenía casi encerrado á Laurencez en Orizaba; hizo ocupar el Cerro del Borrego, que domina á aquella ciudad. La operación se verificó con mucha habilidad por los generales González Ortega y de La Llave. Allí pernoctó la división el 13 de Mayo. Pero, por desgracia, nuestras fuerzas, abrumadas por el cansancio de una marcha á través de montañas casi inaccesibles, se rindieron al sueño, fueron sorprendidas por unos cuantos franceses que ascendieron al cerro para hacer un reconocimiento, despertaron con sobresalto, se batieron entre ellas mismas, cundió el pánico, y perdimos la posición, haciendo fracasar el soberbio plan de Zaragoza, quien tuvo que retirarse hacia Puebla.

Juárez no había desmayado. Atendió con ahinco á la organización del ejército. Veía llegar á Veracruz los nuevos contingentes que enviaba Francia, en los que figuraban sus mejores regimientos, y el aumento de su material de guerra, lo que revelaba que ya estaba convencido Napoleón de que no era empresa tan fácil, como lo había creído en un principio, subyugar á la Nación mexicana.

Merced á los esfuerzos de Juárez y al patriotismo del pueblo, se pudo organizar tres ejércitos: el de Oriente, á cuya

* Esta carta, así como otras que citaré en el curso de esta obra, escritas por Juárez al Sr. general Tapia, me han sido facilitadas por el Sr. Capitán Don Eligio Tapia, hijo del mencionado general.

cabeza puso el Presidente al general González Ortega, por haber fallecido Zaragoza el 8 de Septiembre (1862); el del Centro, cuyo mando concedió al general Comonfort, quien había sido indultado en virtud de haber ofrecido sus servicios á la República, y á fines de Octubre se había presentado en México al frente de una brillante división, compuesta de frontezos; y el Ejército de Reserva quedó al mando del general Doblado.

Al mismo tiempo siguió completando las leyes de Reforma, expidiendo la de 30 de Agosto, por la que suprimió todos los cabildos eclesiásticos, con excepción del de Guadalajara, que había tenido un comportamiento patriótico; y por el que se prohibió que los sacerdotes usaran fuera de sus templos vestido determinado, para su clase, y cualquier otro distintivo de su ministerio; y el 2 de Febrero de 1863 expidió el decreto de exclaustación de las monjas.

Se dispuso la defensa de Puebla, y Juárez fué á visitar la Plaza, repartiendo personalmente las medallas que habían sido decretadas para honrar á los héroes del 5 de Mayo. Con este motivo pronunció una entusiasta alocución; visitó los hospitales y examinó las fortificaciones.

Visitó otra vez Puebla el 28 de Febrero (1863). Pasó revista á todas las tropas que guarnecían la Plaza (Marzo 2); las arengó de nuevo, visitó otra vez las fortificaciones y regresó á la Capital con la convicción de que aquel ejército rivalizaría en heroísmo con el primero del mundo.

El 16 de ese mes comenzó el general Forey el asedio de Puebla, teniendo á sus órdenes 30,000 hombres, de los cuales 22,000 eran franceses, y 8,000 traidores á las órdenes de Márquez y de Vicario.

Dentro de la Plaza había 23,930 hombres, contingente de los Estados de Puebla, Veracruz, Oaxaca, Michoacán, Tlaxcala, Zacatecas, Chihuahua, San Luis Potosí, Guerrero, México, Distrito Federal, Jalisco, Aguascalientes, Querétaro, Chiapas, Guanajuato y Durango.

El ejército del Centro, á las órdenes del general Comonfort, constaba en aquellos momentos de unos 6,000 hombres y allí se hallaban los contingentes de otros Estados, de modo que puede decirse que muy pocos, sólo cuatro, Yucatán, Cam-

peche y Tabasco, en el Golfo de México, y Sonora en el de California, habían dejado de concurrir al llamamiento del Gobierno para la defensa de la Patria, porque sus contingentes no tenían modo de llegar al centro; las demás tropas vinieron atravesando distancias enormes, por malos caminos y con escasez de recursos. Hay escritores á quienes esto parece mezquino; á mí me parece asombroso, sobrehumano, sobre todo cuando tengo en cuenta que la mayor parte de esos Estados se vieron obligados á retener algunas fuerzas para defenderse contra las incursiones de las gavillas reaccionarias, que se organizaban á toda prisa, y cuando había una falta de recursos pecuniarios casi absoluta.

Para dar una idea de los trabajos de los reaccionarios, basta la lectura de la siguiente carta dirigida por el general Ogazón, Gobernador de Jalisco, al Presidente, el 14 de Mayo de 1862: «Calcule Vd. el valor de los elementos reaccionarios. Por una parte, Lozada en Tepic, que dispone de todo aquel Cantón, y en el que tiene una fuerza de 6 á 7,000 indios, armados en su mayor parte, aspirando á extender su dominación hasta el Cantón de Ahualulco, para de allí hacerlo hasta esta Capital. En combinación con Lozada se encuentra Tovar (Remigio) en Mascota, con 1,500 hombres, aspirando también por absorberse el resto del Cantón de Autlán. La gavilla de Larrumbide (Valeriano) y Chávez (Juan) por el Oriente del Estado, volviendo á reunirse para continuar sus trabajos con las otras muchas gavillas de otros puntos, con intento de combinarse para obrar sobre Guadalajara de acuerdo con Lozada y Tovar, según lo demuestra la correspondencia de Mejía con Larrumbide, que tengo en mi poder. Si esa combinación general de tanto contrario llega á realizarse y Jalisco se pierde, ¿cuál será la suerte de los Estados de Zacatecas, Aguascalientes, Michoacán, Colima y aun Guanajuato?»

Con fecha de 17 de Abril escribió Juárez al General Tapia, que tenía el mando del Estado de Michoacán: «Hasta ayer tuve el gusto de recibir su apreciable del 3 del presente, en que me recomienda que el Gobierno encarezca al general Doblado la urgente necesidad que tiene Vd. de que lo auxilie con 400 ó 500 hombres, para perseguir con éxito á los rebeldes de Tacubaya. El Sr. Doblado, á la excitativa que se le

hizo, ha contestado que ya mandó los 400 ó 500 hombres que se le pedían, de manera que creyendo que habrá Vd. recibido este auxilio, lo exhorto á que haga la persecución de esos rebeldes con el mayor empeño, para que, restablecida la tranquilidad, se dedique Vd. á organizar alguna fuerza, aunque sea corta, para reforzar el ejército que en Zaragoza defiende nuestra nacionalidad. Mucho le recomiendo este punto, y confío en su patriotismo, que lo llevará á cabo con eficacia.» (El original está en mi poder.)

No voy á describir el sitio de Puebla, sublime epopeya que considero tan gloriosa como la del 5 de Mayo y más meritoria para el Ejército mexicano, el que dió, durante ese asedio, las pruebas más patentes de disciplina, arrojo y heroísmo, rechazando constantemente los asaltos de las formidables columnas francesas.

Ha habido quien diga que Juárez no hizo todo lo que debía en este caso. Es un error. La actividad y acierto con que procedió el Presidente, no tienen ejemplo en nuestra historia. Se necesitaba el mérito singularísimo de Juárez para haber organizado un Ejército como el de Oriente, en tan poco tiempo, y no obstante la penuria del erario nacional, y para organizar el Ejército del Centro, que llegó á contar unos 12,000 hombres.

Se le ha criticado porque dividió el ejército y vaciló entre defender Puebla ó defender la Capital. Quienes tal dicen no tienen en cuenta que los mismos franceses vacilaron entre si atacarían á Puebla, ó la dejaban á un lado, para dirigirse resueltamente sobre México. En realidad no hubo vacilación por parte del Gobierno; lo que hubo fué precaución juiciosa: dispuso sus elementos de modo que cualquiera que hubiese sido la resolución del francés, se encontrase con fuerzas al frente que le atajaran el paso y le vendiesen cara la victoria.

Por eso y con suma habilidad dividió el mando, no de una manera absoluta y haciendo independiente á cada Ejército, sino de un modo condicional y lógico, para que, en realidad, hubiera unidad de mando. El 10 de Febrero la Secretaría de la Guerra, por orden expresa de Juárez, dirigió una nota á González Ortega diciéndole de un modo terminante: «Supuesto que el ejército invasor debe tener por principal mira, bien la

ocupación de la fuerte Plaza de Puebla ó ya la de esta Capital, cada una de estas Plazas á su vez tendrá que reputarse como base de operaciones en las que se tengan que emprender para rechazarle. *Por consiguiente, todas las disposiciones relativas, cuando fuese amagada la plaza de Puebla, emanarán del general en jefe del Ejército de Oriente; y cuando la plaza amagada fuese la Capital, tales disposiciones serán dictadas por el general en jefe del Ejército del Centro.*

«En todo caso ambos Ejércitos se tendrán recíprocamente como auxiliares, según el enemigo dirija hacia una ú otra Plaza sus operaciones; y como en la actualidad está más inmediatamente amenazada la de Puebla, las fuerzas del Centro, que han salido de esta capital, *se considerarán desde luego con aquel carácter, teniendo el deber de colocarse en puntos á propósito para prestar eficaces auxilios*, y también para impedir que sea interceptada la comunicación entre esta Plaza y la de Puebla, sin exponerse jamás á quedar imposibilitadas para replegarse á esta Capital en el caso de que el enemigo hiciese movimiento sobre ella. Es, pues, obligación estricta del general en jefe del Ejército del Centro conservar su ejército en posiciones en donde pueda impedir que le sea cortada la retirada para esta Capital. *El general en jefe del Ejército del Centro emprenderá los movimientos que le designe el de Oriente, para el mejor acierto de las combinaciones que proyectare en defensa de Puebla, ó para atacar algunas de las posiciones del enemigo cuando así lo tuviere por conveniente*, salvo el caso en que de hacerlo no pueda dar cumplimiento á la prevención que contiene el párrafo anterior: desde entonces se abstendrá de emprender el movimiento, avisando oportunamente al general en jefe del Ejército de Oriente, y siendo de su responsabilidad justificar su excusa ante el Supremo Gobierno.

«El Ejército de Oriente será auxiliar de el del Centro, siempre que el movimiento del invasor sea sobre esta Capital, y entonces tendrá su general en jefe el estricto deber de hacerlo mover con la rapidez conveniente para poder cumplir con aquella obligación. En tal caso, el centro de todas las operaciones será la Capital, de donde emanarán las órdenes relativas á la defensa.

«El C. Presidente se limita á hacer constar estas instrucciones, porque sabe muy bien que está en las facultades de los generales en jefe el desarrollar, en presencia de las circunstancias, todos los movimientos necesarios ó convenientes para conseguir el fin principal propuesto en el plan de campaña, que es siempre el de rechazar ó destruir al enemigo; y como se dirige á generales expertos, de acreditado patriotismo, y *está seguro que en todo caso sabrán vencerse á sí mismos sin tener más mira que la salvación de la Patria y el triunfo de las armas nacionales*, no puede menos de prometerse el más completo acierto y muy felices resultados de las operaciones militares que se practiquen.» (E. Blanco, Exposición, pag. 145, citado por Don Jenaro García).

Comonfort se dirigió al Gobierno en 20 de Febrero, solicitando que, por los fundamentos que exponía, se le permitiera dirigir las operaciones de su Ejército con entera independencia, conforme lo demandaran las circunstancias de la guerra. Pero se le contestó, con fecha 24 del mismo mes, diciéndole que el Gobierno disentía de sus opiniones, «pues cuando las fuerzas de su digno mando tengan que obrar como auxiliares de la Plaza de Puebla, *es indispensable que se observe la unidad de mando, como base precisa* para el mejor acierto de las operaciones que tengan que practicarse. Entonces al general en jefe del Ejército auxiliado toca designar el tiempo, lugar y demás circunstancias en que crea conveniente que se le preste auxilio; pues de otra manera, obrando aisladamente ó por medio de previos acuerdos, difícil de tenerse en esos casos, *se perderían oportunidades que casi siempre son las que, aprovechadas en la guerra, deciden del éxito de los combates*. Conviene, pues, que en estas operaciones todo esté sujeto á la misma acción del jefe que hubiere combinado la defensa.» (*Lugar citado*).

No tengo pretensiones de pericia en asuntos militares, ni soy de los que forman planes de campaña desde su bufete, casi medio siglo después de que concluyó la guerra; pero el simple sentido común me indica que lo que hizo Juárez en este caso, estuvo bien hecho, y la opinión de algunos jefes inteligentes, á quienes he consultado sobre el particular, confirma este juicio.

Tampoco falta quien censure que se diese el mando del Ejército de Oriente al general que era el responsable del desastre del Borrego, y el del Ejército del Centro al hombre del funesto golpe de Estado. Examinemos el cargo.

¿Hasta qué punto fué responsable González Ortega de tal desastre? ¿Tomó todas las precauciones que aconseja la ciencia de la guerra? ¿Estableció su gran guardia, sus centinelas avanzadas y dictó las demás providencias encaminadas á la seguridad del campamento? Está probado que así lo hizo. Pero sus tropas, rendidas por una jornada sin igual, escalando empinados cerros, y por desfiladeros difficilísimos, se rindieron al sueño. Los franceses asesinaron á los centinelas que encontraron dormidos (estuvieron en su derecho), y cuando nuestras tropas se percibieron de lo que pasaba, cundió entre ellas el pánico. Ya Napoleón I lo dijo hace muchos años: el valor á las dos de la madrugada es rarísimo. Y sin embargo, González Ortega, La Llave y otros muchos lo tuvieron, y buena prueba de ello es que se batieron como leones. Por desgracia aquel combate no fué contra los franceses, quienes se mantuvieron agazapados y ocultos, sino entre los mismos mexicanos, quienes se aniquilaron. Pero á pesar de lo del Borrego, y considerándolo de la manera más desfavorable que se quiera, no teníamos en aquellos momentos un jefe de los antecedentes del héroe de Silao y de Calpulálpam. Zaragoza había muerto; Porfirio Díaz no había demostrado aún toda la magnitud de su genio militar, ni había mandado en jefe; Sóstenes Rocha era todavía desconocido. Por otro lado, la conducta de González Ortega durante el asedio de Puebla, vino á justificar la confianza que en él depositó el Gobierno.

En cuanto á Comonfort, hay que tener presente que era un hombre de gran valor personal, y que tenía muy desarrollado el instinto militar; que se había distinguido como jefe hábil durante la guerra de Ayutla y en las batallas que dió después contra los sublevados del Estado de Puebla, obteniendo siempre y en todas partes los triunfos más completos.

Yo he condenado á González Ortega y á Comonfort como hombres políticos, y al último siempre lo he considerado como el hombre más funesto para México, después de Santa-